

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

LA UNIVERSIDAD Y EL DESARROLLO

HAY EN plena y ruidosa vigencia, una gravísima falacia en torno de la Universidad Latinoamericana, digo mejor, en torno de las Universidades de América Latina y, por consiguiente, de las del Perú: es la que dice que éstas deben desenvolverse de acuerdo con la etapa económica que vivimos y, por tanto, deben mantenerse a la altura de nuestro subdesarrollo o nuestra emergencia. Tanto los organismos universitarios, como los de Planificación, repiten esto a beneficio de inventario. Me adelanto a expresar que, a mi juicio, es algo de lo más inexacto y perjudicial jamás escrito sobre las Universidades.

Comenzaríamos por el concepto de la llamada "Universidad Peruana"; no existe. Existen, sí, Universidades del Perú, y en el Perú, o universidades peruanas, pero de ninguna manera un prototipo de "Universidad Peruana", idea que presupone, compactación, unidad. De toda suerte, y con cargo de examinar lo respectivo a la supuesta Universidad Peruana, me atrevo a estudiar lo concerniente a su relación con el desarrollo económico-social del país.

Desde luego, el desarrollo como idea absoluta, como logro total, tampoco existe. Hay países y regiones en los cuales el ritmo de la producción y del consumo guarda fecunda y reproductiva armonía. Por lo común, tales países se autoabastecen en gran proporción, sobre todo en lo tocante a productos industriales. Muchos de ellos exportan no sólo artículos elaborados, sino también capitales, y de ese modo influyen o determinan el desarrollo de otros Estados. En cambio, los países subdesarrollados o emergentes, son aquellos que padecen de visible subconsumo, cuyo platillo de importación pesa más que el de exportaciones, especialmente en el rubro de Materias elaboradas para lo primero y primas para lo segundo.

El Perú se halla en la órbita de los países emergentes o subdesarro-

llados. De ahí que una de sus aspiraciones fundamentales sea la de liberarse de tal servidumbre y alcanzar el nivel de desarrollo y emancipación plena a que aspira o tiene derecho. El cambio de nivel exige una intensa transformación. Deberán modificarse los sistemas de producción, de circulación, de cambio, de fiscalización y de consumo.

¿Quiénes son los encargados de llevar a efecto la tarea? Sin duda, hombres capacitados, bien sea organizados en sociedades, bien como individuos al servicio de los demás. ¿Cuáles son los organismos que tienen mayores posibilidades de formar a los realizadores de la obra de conducir el subdesarrollo al desarrollo? Evidentemente, las Universidades y Escuelas Técnicas. Es de lo que debemos ocuparnos. Si lo dicho fuese exacto, convendría examinar qué clase de Universidades y Escuelas Técnicas, son las que permiten salir del subdesarrollo con mayor rapidez y eficacia, y a qué niveles deben conducir a los beneficiarios de sus enseñanzas en el propósito de superar el subdesarrollo.

Se presenta, pues, como problema fundamental la índole y alcances de tales organismos. Es de lo que nos debemos ocupar. En general, toda Universidad persigue la superación del nivel de una sociedad, realizando sus fines inmediatos y preparando a la vez planes más ambiciosos, y al mismo tiempo, adecuando al hombre a tales metas. Quiere decir que se debe considerar en este proceso, un aspecto objetivo y otro subjetivo, o, si cambiamos de términos, uno que se refiere a las cosas y otro que atinge a los individuos y a los grupos sociales.

Acerca de los fines de la Universidad, es indispensable anotar que ellos varían según las épocas y los ambientes. Desde luego, no siempre persiguió los mismos fines. Hubo un tiempo en que la Universidad buscó la plenitud individual, ubicándola en la Teología (Dios) y en el Humanismo (Hombre). Corresponde a ese tipo de Universidad, al de la Época Feudal y al Renacimiento. Después, trató de abrirse paso hacia metas comunitarias o sociales. Comenzó esta tarea con el racionalismo, propio del Iluminismo, y siguió en esa senda con el Positivismo (que exaltó la ciencia y la experimentación).

En cada una de estas etapas, la Universidad fue en pos de sus propios ideales, pero sin aislarse del mundo. Cuando creyó que la perfección del hombre y de la comunidad se encontraba en la estructura jurídica, dio vida a Universidades del tipo de la de Bolonia; cuando pensó que había que hallar la clave del destino en la Teología, como en la de París. Si se trataba de buscar a Dios a través de las diversas concepciones religiosas o métodos filosóficos de investigación, dio vida a otras Universidades, inclusive a las coloniales como Harvard, Prin-

ceton, William and May, Yale. Las Universidades de la América Hispánica, reprodujeron los propósitos de las de su respectiva Metrópoli; por lo cual Salamanca se reproduce en San Marcos (Lima), México, Córdoba, Santo Domingo, San Carlos de Guatemala. Después del inicio del siglo xx, la Universidad se vio sobrepasada por el oleaje social. Fue "la rebelión de las más", según el lenguaje de Ortega, lo que impartió a aquélla un sentido misional. La Universidad docente se convirtió en misionera: los últimos descubrimientos científicos la obligaron interesarse en la investigación. El aspecto técnico resultaría, pues, una consecuencia o "ancillae" de esta última. Si se invirtiera el problema, sobrevendría la peor de las catástrofes: el enquistamiento en el subdesarrollo.

¿Por qué decimos esto?: por una simplísima razón.

Si lo que buscamos a través del perfeccionamiento o alza de nivel de una colectividad, cualquiera que ella sea, siempre que viva en el mundo subdesarrollado, es que empuje o tienda a la superación de éste, deberemos concluir en que las instituciones consagradas a semejante promoción deben estar por encima del nivel que tratan de superar, o deben de impulsar a quienes se eduquen, formen o trabajen en ellas, a alzarse sobre el raseo del medio ambiente en que subsisten. Dicho de otro modo: si la sociedad vive en un nivel como 1º la Universidad de la sociedad a que forme a sus líderes debe proporcionar adiestramiento en un nivel como por lo menos 2, si no, 3, o 4, o 5, o 10 o 100. Sería absurdo, inconcebible, contraproducente que para superar la marca 1º se erigiesen Universidades al nivel de 0, o de 1º. De toda suerte, deben suministrar enseñanza de un nivel superior al de la medida de la colectividad a que sirven. De otra suerte no prepararían líderes, sino meros pacientes de la situación vigente.

¿Cuáles con los distintivos del subdesarrollo?

Ya lo hemos dicho, no proporcionar medios de consumo en cantidades suficientes para la demanda de la sociedad respectiva, o proporcionarlos de calidad baja, o a precios altos, debido a su escaso número; el predominio de la vida agraria sobre la industrial; la exportación de materias primas y la importación de productos elaborados; tener mano de obra barata; la necesidad apremiante de capitales foráneos; subconsumo o incapacidad de consumo, y consecuencia de todo lo anterior, la falta de autonomía económica, la dependencia de otros países, el encarecimiento y la servidumbre política. Dentro de los esquemáticos y discutibles conceptos de "la geografía del hambre", promulgada por Josué de Castro, se podría decir que un octavo

rasgo adicional, sería el crecimiento geométrico de la población frente al crecimiento aritmético de los bienes de consumo.

Ahora bien, ¿qué ocurre en las sociedades caracterizadas por tales rasgos?

Políticamente resultan fácil pasto de las dictaduras, sean civiles o militares (por ejemplo, Rafael Trujillo, Nasser, el Rey Hussein, Stroessner, los Somoza, Fidel Castro) y de cualquier ideología con apariencia de tal y de revolucionaria. Económicamente, dependen del capitalismo foráneo y del semifeudalismo y las oligarquías locales. Técnicamente, de la importación de especialistas extranjeros. Culturalmente, del analfabetismo literal y funcional estabilizado. Científicamente, de un oprobioso espejismo.

No enumeramos todos los perfiles del subdesarrollo, ni pretendemos haberlos compendiado en tan pocas líneas. Pero lo apuntado basta para destacar el contorno general del fenómeno, dentro de los límites de la presente exposición.

Frente a un conjunto tal de hechos, ¿debemos reducir la tarea universitaria a algo tan ancilar y servicial, como es atenerse a lo inmediato, o sería preferible profundizarla y elevarla?

Yo creo que, precisamente, ahí donde la media social es muy baja, la Universidad tiene que ensayar y mantener un nivel más alto, sin mengua de que se mueva en un nivel provisional mediano o ligeramente superior al de su ambiente.

Si porque nos faltan técnicos, es decir, *aplicadores* de ciencia y arte, vamos a limitar la acción de nuestras Universidades a formar solamente técnicos o sea aplicadores, llegará un día, y a muy corto plazo, en que estos técnicos, al requerir el respaldo inmediato de científicos para renovar sus "stocks" de conocimientos, se hallarán, como ruedas ociosas, girando en el vacío. Si porque padecemos explotación y dictaduras nos consagramos a vivir sólo a rebeldías que, al fin y al cabo, cuando no pasan de eso, sólo constituyen sistemáticas negaciones, no podremos sino destruir y arrasar, sin tiempo, ni plan, ni medios para reconstruir y construir. Si porque la moral de la comunidad es baja, nos contentamos con propagar una doctrina de ninguna altura, alimentada de hechos y sólo de hechos, sin ambición ni ideales, estaríamos contribuyendo a disminuir el ciudadano al rasero de ilota, y el hombre al de herramienta semoviente. Es lo que tiene que evitar y superar la Universidad, cualquiera sea el concepto en que se le tenga.

Hemos hablado de dos niveles: quizás podría hablarse de tres.

En primer término, precisamente los países subdesarrollados nece-

sitan más que otros fortalecer su material humano en el doble sentido físico y moral o cívico. Están urgidos de ciudadanos conscientes, de hombres cabales. En ese sentido tienen que poner mayor acento en la parte formativa de la Universidad, que la tiene, y en su campo específico, al Ciclo Básico, que hoy suele denominarse Estudios Generales, ahí donde existe el "College", pero que se confunde con el Gimnasio y con el Bachillerato, ahí donde la Educación Secundaria posee un rumbo y un contenido más adecuados a las profesiones universales de "hombre" y de "ciudadano". Se explicaría por esto, cuál es la causa de que los países y partidos totalitarios se opongan a que en los países subdesarrollados se establezca dicho Ciclo.

En segundo lugar, se debe considerar el ciclo de formación profesional y científico a nivel universitario, el uno como escalón del otro.

El tercero, el de la formación de técnicos, o sea los llamados subprofesionales de carreras cortas, de ciencia y artes aplicadas, o sea circunscritos al artificio o ejecución lo más perfecta posible, pero sin ulteriores preocupaciones por el *por qué* ni *para qué* de cada cosa.

Hay quienes confunden las urgencias por saber del subdesarrollo con sólo esta tercera etapa, con lo cual se afilian a un tipo de universidad ya de hecho subdesarrollada que, con olvido de sus metas esenciales, se propone despegar del subdesarrollo.

La contradicción no puede ser más flagrante: con universidades subdesarrolladas, o sea truncas u omisas de su misión, recortadas en sus objetivos, no se vence el subdesarrollo. Cuanto más hondo sea éste, más completa y ambiciosa tiene que ser la formación de sus líderes. Sobre ellos recaerá el peso de sus propias capacidades y de las ajenas incapacidades. Deberán ser ambidextros, bifrontes, siempre que una de sus manos y una de sus caras supere, con largueza, al promedio ambiente, y que las otras se adecúen a las posibilidades inmediatas del contorno.

Las Universidades Técnicas (mal llamadas "técnicas" o mal llamadas "universidades"), retratan con rara exactitud el problema a que aludimos.

Por Universidad Técnica se entiende un centro de estudios superiores, o sea postsecundarios, cuya enseñanza se realiza o pretende realizarse a nivel universitario, pero limitada a un área bastante modesta: la de la aplicación de las ciencias. No se investiga en ellas las verdades científicas, sino la manera de usar sus logros. Por consiguiente, la investigación, que es parte fundamental de las modernas disciplinas universitarias, sólo tienen por objeto buscar el mejorar los sistemas de aplicación de lo ya descubierto o averiguado. Por ejem-

plo: los institutos o departamentos de investigación de una Universidad Técnica no se dedicarán *per se*, a la investigación de nuevas fórmulas matemáticas o de nuevos cuerpos, sino en la medida que éstos tengan relación directa con el empleo de las fórmulas actuales y de los cuerpos utilizados. Dicho en términos más concretos: no habría en ellos con razón real, salvo un plausible excedimiento de su índole, centro de investigaciones físicas que diera como resultado el descubrimiento o ampliación de, por ejemplo, otra teoría de la relatividad; sino más bien acerca de la utilización de los iones y neutrones (ya descubiertos) y la aplicación de la fuerza desencadenada, con la desintegración del átomo, hecho que se ha producido y comprobado ya.

Las Universidades Técnicas colaborarían mejor de lo mucho que ya están colaborando, al desarrollo de nuestros pueblos, si en vez de encubrirse bajo el nombre inexacto universidades, que (no lo son por la falta de universidad de sus disciplinas ni por el desinterés que supone la ciencia pura), se hubiesen concretado a ser Institutos Técnicos Superiores o Politécnicos del Nivel Superior.

Se dirá que se trata de un simple nominatismo. Es algo más. Cuando se da el nombre de Universidad a la Escuela Superior de una determinada técnica y disciplina, se introduce primeramente desorientación en la estructura jerárquica de la enseñanza y de la educación en general; altera el buen orden y uso de los títulos y grados universitarios; se recorta la amplitud del concepto que implica el término nivel universitario; se contribuye a la inútil proliferación de instituciones y universitarios, al parecer por encima del promedio requerido como conveniente en el país.

Como excusa de la distorsión que señalamos, la proliferación de universidades (que por lo abrumadas será preciso absorber, mantener y reorientar), se dice que las Universidades Técnicas son indispensables para el desarrollo. Lo son, siempre que, en lugar de alcanzar un nivel más alto del que en realidad disfrutan, sólo a base del utilización de un título, adjetivo o denominación que no les corresponde, se dedicasen a completar, afinar y especializar aquellas enseñanzas que la Universidad imparte, no siempre con miras a lo más inmediato, sino a menudo más bien a lo mediato y permanente, a lo menos inmediato.

Si al par, estableciéramos Colegios Regionales, o sea lo que en Estados Unidos se denomina indistintamente "Junior Colleges", "Industrial Schools", o simple y llanamente "Technical School", daríamos un grande y sólido paso para combatir el subdesarrollo, pues, sin confundir las categorías ni los órdenes preestablecidos, se satisfarían nece-

sidades inmediatas de nuestros pueblos. Los Colegios Regionales proporcionan los técnicos de nivel intermedio o subprofesionales, que los profesionales y técnicos de nivel superior requieren.

Como cuestión de hecho, en Perú se calcula en cuatro o seis los subprofesionales técnicos de nivel intermedio, adscritos a cada profesional o técnicos de nivel superior, disponemos de una escala inversa a lo establecido por la realidad; o sea casi cuatro profesionales por cada subprofesional.

De aplicar estrictamente la lógica, deberíamos proceder en seguida, para cooperar al despegue del subdesarrollo para racionalizar el número, calidad y ubicación de nuestras Universidades, que no deberían pasar de doce oficiales y algunas privadas (sobre lo cual debe implantarse una legislación eficaz), una veintena de Instituto Superiores y no menos de veinte Colegios Regionales, que abarcasen por lo menos tres Grados: el de los cursos de duración (y alcance) inferior a un año; el de cursos de duración a un año e inferior a dos, y el de cursos de duración superior a dos años y de no más de tres años. El tipo de tales cursos varía desde la somera y cuasi elemental preparación de una experta en belleza o de un mozo de hotel, hasta la de un agrimensor, un administrador de hospitales o un experto en motores de explosión.

Fui partidario desde 1961 de que las Universidades de mayor rango creasen y mantuviesen Colegios Regionales adscritos a cada una de ellas en proporciones razonables a sus ingresos. En ese sentido presenté en abril de 1963, una propuesta al Consejo Universitario de San Marcos. Como se me desoyera, propicié, en el Senado, el proyecto de ley respectivo, que se convirtió en ley, a fines del mismo año, 1963. Presenté otro proyecto en 1964, y formé parte de la Comisión Oficial, casi nunca convocada, que tiene a su cargo establecer esos institutos. Realicé en 1964, por cuenta del Banco Interamericano de Desarrollo, un viaje a California, para observar los Colegios Regionales, dependientes de la Universidad de ese Estado del Gobierno Estadual y de instituciones privadas, y me preocupé de que viniese a Lima una comisión de expertos ad hoc de Estados Unidos y de Chile. Todo ese trabajo y el acumulado por la Comisión Ministerial, asesorada por especialistas del "Teachers College" de la Universidad de Columbia de Nueva York, constituye la base del Reglamento que por Decreto Supremo de 14 de octubre de 1965 promulgó el Poder Ejecutivo, pero que hasta hoy permanece sin aplicación alguna.

Pienso que las Universidades deberían retomar este programa como contribución al programa de desarrollo nacional. Por de pronto, San

Marcos encargó a una comisión presidida por el doctor Juan de Dios Guevera, llevar a efecto una investigación en la barriada de San Cosme y tiene un proyecto listo para su discusión final.

Si la Universidad aborda con sentido realista la tarea de contribuir desde su ángulo a arrancarnos del subdesarrollo, deberá tener en cuenta alguna de las observaciones anteriores, que no son fruto de improvisación sino de antiguas, largas y reiteradas comprobaciones.

Para ello, siguiendo un orden lógico y aplicando el aristotélico *primum vivere deinde philosophari*, antecedente de la transformación de las estructuras que propicia el materialismo contemporáneo, deberemos atacar nuestra organización e instalaciones, antes o al mismo tiempo que la reforma académica. Si no aflojamos la presión acumulada y anual de los postulantes, la falta de equipo y aulas, la insuficiencia de las retribuciones de los docentes, etc., será difícil, si no inútil, la reforma académica ciñéndonos, a lo que toca a San Marcos, dentro del cuadro expuesto. En suma: como tareas primordiales, se presentan las siguientes:

a) preparar lo que se llama su planta física, consistente en edificios y equipos adecuados;

b) habilitar la institución para recibir más alumnos, para lo cual deberá alzar su cuota de recepción y poner en financiamiento nuevos centros de estudios;

c) hacer más efectiva la autonomía económica, mediante la obtención de rentas propias, como las emanadas de los inmuebles sanmarquinos, cuya rehabilitación rentable no admite demora;

d) vincular más a la Universidad con las tareas propias del desarrollo, sin perjuicio de sus tareas académicas más típicamente universitarias;

f) elevar el nivel de la docencia y de la discencia y de la investigación, centralizando ésta para un mejor rendimiento, y

g) establecer un vínculo más estrecho y sistemático con la Educación Secundaria.